

SUCESOS QUEMADURAS ENVUELTAS EN MISTERIO

ELECTROÇUTADA Y AMNÉSICA

LA EXTRAÑA HISTORIA DE UNA FOTÓGRAFA QUE CASI NO SOBREVIVE A UN FESTIVAL EN BENICASIM

La artista Esther Sabetpour utiliza la cámara como terapia tras sufrir un extraño accidente donde se quemó el 35% del cuerpo, que ahora fotografía compulsivamente. En 2010, durante un festival en Benicasim, se subió a una torre de alta tensión. La encontraron achicharrada, en el suelo, poco después. No recuerda nada de lo sucedido. Reconstruimos con ella la experiencia. por Benjamín G. Rosado fotografía de Esther Sabetpour

Para Esther Sabetpour la fotografía, más que un oficio, es una forma de consciencia. Nunca olvidará el día en que, con 16 años, reveló frente al espejo del baño de su apartamento londinense sus primeros autorretratos en blanco y negro. “No buscaba tanto la confirmación de una vocación temprana como dar respuesta a los dilemas de una personalidad adolescente y a los misterios de cuerpo en proceso de cambio”, recuerda la fotógrafa británica. Sus posteriores viajes por varios países asiáticos no hicieron sino confirmar su interés por los efectos de la memoria y la identidad a través del objetivo de su cámara.

A su vuelta de Irán, en 2006, Sabetpour fundó *weddingsbyesther.com*, una empresa de reportajes fotográficos especializada en bodas interraciales. “Mis trabajos siempre han buscado el efecto emocional por encima del visual”, explica la artista de 31 años. “Y en este caso se trataba de rasar en el corazón de las culturas”.

La noche del 23 de agosto de 2010 Sabetpour no llevaba su cámara encima. Había acudido con unos amigos al *Rototom Sunsplash*, un festival de música *reggae* en Benicasim, Castellón. “Lo último que recuerdo es estar bailando entre dos baffles gigantes”, confiesa a MAGAZINE.

Unas horas más tarde, se despertaba entre horribles dolores sobre una cama del pabellón de quemados del Hospital Universitario de La Fe, en Valencia. “Los médicos me explicaron que había sufrido una descarga eléctrica tras subir a una torre de alta tensión. Había caído desde una altura de 10 metros, me había roto el fémur por diferentes partes y tenía el 35% de mi cuerpo con quemaduras de tercer grado. No había una sola parte de mí que no estuviera cubierta de vendas. Parecía una momia, un muerto viviente”, relata.

La Policía Local de Benicasim dio parte del accidente a las 10 de la noche en la zona del Desierto de las Palmas. Cuando llegó la Guardia Civil y el helicóptero para trasladarla al hospital, dos jóvenes de nacionalidad española, J.C.C. y N.R.C., estaban con ella. Según el informe de los agentes, los dos testigos conocieron a Esther Sabetpour esa misma mañana en las inmediateces del festival. Por la noche la habían acompañado a que diera un paseo. Recuerdan “haberla dejado atrás” cuando escucharon un fuerte chispazo y, al volverse, la vieron caer desde una gran altura. Luego, avisaron al 112.

“El juzgado de Castellón ha decidido archivar el caso, a pesar de que la lesión cerebral me ha generado amnesia total y →



no soy capaz de recordar por qué estaban esos dos hombres allí, qué hacía yo encaramada a una torre de alta tensión y de quién o qué huía exactamente... No consumo ni consumí drogas y nunca me han gustado las alturas”, se lamenta. “Mi familia y amigos están tratando de reabrir el caso, pero todos nuestros esfuerzos han sido en vano. Sabemos que ha habido varios incidentes en esta localidad relacionados con el mal uso de las drogas y está claro que las autoridades no quieren más mala prensa”, argumenta.

EN EL HOSPITAL. Sabetpour estuvo ingresada en La Fe hasta el 27 de octubre del mismo año y fue sometida a varias operaciones de trasplante de su propia piel. “Viví una pesadilla. Me tenían aislada, siempre bajo el efecto de la morfina y la anestesia. Apenas podía girar la cabeza y, como se me habían encharcado los pulmones, me costaba una barbaridad respirar. Lo peor era cuando, cada tres días, venían a cambiarme las vendas pegadas a la piel”. Ya han transcurrido 15 meses desde el accidente, pero sigue teniendo que pincharse esteroides en las cicatrices más profundas de la espalda, los muslos, las nalgas, el abdomen, el tórax y el cuello. “El dolor y los picores no cesan. Sufro cambios drásticos de temperatura. Tan pronto siento un calor intenso como se me congela una pierna”, relata.

Cuando, en noviembre, la trasladaron al hospital East Grinstead de Londres, don-

de pasó otras seis semanas, Sabetpour empezó a posar para sí misma frente al espejo de su habitación. “Era horrible lo que veía. No daba crédito a mi cuerpo. Pero seguí disparando con la cámara. No se trataba de un proyecto fotográfico premeditado, sino de una especie de terapia improvisada. Mi único propósito era conectar mi yo interior con aquella nueva imagen que proyectaba”, explica. “No fue hasta meses más tarde que empecé a tomar muestras de mi cuerpo desnudo. No pensaba en el efecto que podría tener en el



La fotógrafa, en otro de sus autorretratos, embutida en un body terapéutico.

público o si me llamarían de los periódicos para entrevistarme. Me interesaba estudiar la respuesta de mi cerebro a las nuevas condiciones de vida. Quería curarme por dentro. Y lo he conseguido”.

El efecto reparador de aquellas primeras fotografías la animó a seguir experimentando con otro tipo de escenarios y paisajes, muchos de los cuales remiten directamente a algunos de los viajes de juventud. “En lugares tan espectaculares como el *Hellingly Mental*, un asilo abandonado de East Sussex [Inglaterra], o el desierto de Kavir en Irán, mi estado físico y mental adquiría una nueva dimensión. Cada lugar es la expresión de un paisaje emocional donde el observador y el objeto observado son la misma cosa”, analiza. La fotógrafa no ha conseguido mitigar todo el dolor, pero ha aprendido a canalizarlo. “La cámara te permite tomar muestras del subconsciente, bucear por debajo del iceberg de tu personalidad. Te enseña las cosas tal como son, y no como las quieres ver. Esa verdad sin aditivos te sume en la más profunda tristeza pero, a la larga, termina haciéndote fuerte”, añade.

FOTOS SANADORAS. Las fotos de esta serie sin título no sólo le han ayudado a superar el trauma, también han servido para documentar la evolución de las heridas. “Con mi cámara pude elaborar una exhaustiva cronología del dolor, de tal forma que los autorretratos contenía información muy útil, bien para la reflexión conmigo

misma o como historial para los médicos que me atendían”. No le ha sido fácil, en cualquier caso, recuperar la autoestima. “Observarme a mí misma como tercera persona ha hecho que me acepte tal como soy. Ha sido duro. Pero ahora me quiero más”. Sabetpour no descarta trabajar en el futuro con personas en la misma situación. “Cuando eres víctima de un cambio tan radical es muy importante la relación con los demás, con tus observadores. Compartir mis experiencias podría ayudar a otra gente”, relata. Por eso prepara un diario con textos y fotos que recogen los dos últimos años de su vida. “Quiero que el espectador se pregunte por el sentido de la belleza en una experiencia sensorial y emocional. Qué la produce, cuándo dura, para qué nos sirve. La reacción no es predecible porque de alguna manera mi cuerpo sigue siendo hermoso, a pesar de las cicatrices y las marcas, y se produce un diálogo visual entre la construcción y la deconstrucción de mi atractivo”, asegura.

Sabe que el último capítulo de su libro la obligará a volver a España para aclarar las circunstancias de su accidente. “Si la cámara me ha dado fuerzas para asimilar tanto dolor podría ayudarme a recuperar la memoria. Me gustaría volver a Castellón y poner a prueba mis sentimientos en el mismo lugar donde ocurrió todo. Pero creo que aún no estoy preparada”. ❌



MÁS INFORMACIÓN EN LA PÁGINA WEB DE ESTHER
SABETPOUR. WWW.ETHERSABETPOUR.COM



La fotógrafa
británica Esther
Sabetpour
muestra sus
quemaduras en
un autorretrato
en la isla de Elba.